



El chiste del viajero en el tiempo

NARRATIVA CASTELLANO 14-16 AÑOS

Elisa Gorricho Paradiñeiro

2º Premio

Siempre lo pilla con retraso.

O eso es lo que le dice para bromearle el inmortal al viajero en el tiempo. Sabía que el pasajero estaba detrás de él, acercándose para sentarse a su lado en el bar, ¿hace cuánto que no le ve? ¿180 años? Puede que un poco más. Si se es sincero a sí mismo, no recuerda mucho de los años 90, aunque, de hecho, ¿en qué año está? ¿Sigue en los 2010? Tiene que ponerse al día, se dice, sabiendo perfectamente que no lo va a hacer. De normal se organiza mejor y sabe en qué día vive, aunque desde que se quedó 52 años atascado en aquella cueva descuida más el tiempo. Es más fácil olvidarse y perder la noción de los años por si alguna vez le vuelve a pasar algo similar. De esta manera convencerse de que los meses son minutos y de que las décadas que dejarían huella física del paso del tiempo en los humanos pero que parecen olvidarse de la existencia de este no son más que meros días, resulta una opción sensata.

No siempre fue fácil, y aceptar que eres incapaz de morir no fue algo sencillo. El inmortal había vivido una vida plena, había amado, había reído y llorado y sido feliz, había vivido como un ser humano más, pero parece que la naturaleza no entendió aquello, porque mientras que su primera vida progresaba y todo en ella marchitaba y se marchaba, este la observaba desde su propio cuerpo inmutable y estático, incambiable incluso ante las leyes de la vida. Vivió tres vidas más, antes de desistir y dejar de intentarlo. Ver a tus seres queridos morir, conocer a los nietos de tus nietos y a sus nietos y perderles de vista, no saber qué personas con las que te cruzas son tus descendientes y quiénes son los descendientes de aquellos que quisiste en una vida, una vida que ya no puedes ni decir que es tuya sino de alguien que existió hace décadas en el mismo cuerpo al que te sometes como esclavo y preso ante la eternidad. Y fue entonces, cuando el inmortal no encontró más sentido para la vida, cuando ya había vivido lo que 4 hombres vivirían, que decidió que era un buen momento para morir.





Excepto que su cuerpo no se lo permitía.

Probó de todo, intentó morir de mil formas, sufrió por muchas de ellas, pero su cuerpo testarudo se negaba a cambiar, a deformarse, a morir. El inmortal estuvo a punto de caer en un estado mental de hundimiento y decaimiento absoluto, ¿Qué haría ahora? No tenía nada más por lo que vivir, no tenía nada más por lo que luchar, y estaba cansado de encontrar razones para vivir creando una nueva vida para sí mismo, conociendo y amando a personas que, finalmente, iban a viajar más allá de la vida, a un lugar al que el inmortal nunca les podría seguir, al límite al que nunca llegaría, por miles de años que viviera.

Por suerte, fue justo en esa época, donde conoció al que salvó su vida, a su amigo, a su compañero, a la persona que le perseguiría por toda la inmortalidad. Conoció al joven viajero en el tiempo, apenas unos años más joven de lo que era el inmortal cuando su cuerpo dejó de ser afectado por las leyes naturales. No se sabe la naturaleza de las características de ambos. Nadie sabe por qué el inmortal es inmortal, ni por qué el viajero en el tiempo es capaz de vivir ignorando la progresión lineal del tiempo. Y aunque nunca se lo confesarían el uno al otro, si les preguntas a cualquiera de los dos, esto es obra del universo, creando una anomalía tan grande en uno de los dos, que tuvo que crear al otro para volver a ese balance perfecto. El inmortal no sabe exactamente cuándo se conocieron, no se acuerda de todas sus interacciones a lo largo de los milenios (no le juzguéis por ello, pero en su opinión la mayoría de las personas son irrelevantes), pero sí recuerda el instante en el que se dio cuenta de que quizás lograría mantener algo a lo largo de su eterna vida:

–Tú no eres un ser humano normal –le dijo el hombre extraño, en un idioma que el inmortal sabía hablar, pero que, si no se equivoca, no se hablaba desde hace cientos de años.

–¿Qué es lo que te hace pensar eso? –le respondió el inmortal.

–Que un ser humano normal no hablaría conmigo cientos de años después de que nos conociéramos.





mos –le respondió este–. Quizás no me recuerdas, pero hablamos una vez en Αθήναι, y si no me equivoco, el hecho que me hayas contestado en el antiguo idioma me es respuesta suficiente.

Y fue así cómo el viajero en el tiempo le explicó su situación al inmortal. El viajero, sin conocimiento de sus poderes, se encontró viajando de manera aleatoria y caótica en el tiempo, aunque siempre de manera progresiva y nunca hacia el pasado. Es por eso por lo que no es capaz de volver a su vida previa, aunque según él tampoco lo haría. A pesar de que desde el año en el que vivía al momento en el que ambos se conocieron habían pasado cientos de años, para el viajero del tiempo habían sido meros meses, meses en los que aprendió a controlar su poder para poder viajar en el tiempo de manera más ordenada. Y ahora, ha aceptado su poder y entiende la importancia que tiene, la oportunidad única que se le ha brindado para poder observar el paso de la existencia, del universo a lo largo del tiempo sin tener que limitarse a existir en un extracto minúsculo de este y también sin sufrir la fría eternidad como lo hace el inmortal. Fue ese momento en el que ambos se hicieron amigos.

Y antes de que se dieran cuenta, el viajero en el tiempo se encontró persiguiendo al inmortal a lo largo de los siglos. Para el inmortal, pasan largos periodos sin verse, mientras que, para el viajero, esto son solo los días o semanas que tarda en encontrar al inmortal después de cada salto temporal. Para el inmortal, era esencial tener algo constante en su eterna vida, en una vida en la que todo se desvanecía menos su querido amigo, al que veía de manera irregular. A veces pasaban décadas y otras veces siglos, pero siempre se volvían a encontrar. Para el viajero, tener a alguien ahí con él, sin importar cuánto hayan cambiado los tiempos dando lugar a un mundo que nunca había conocido, a un mundo en el que no existe nada de lo que existía antes de que este saltase de época, nada, excepto su querido amigo, era lo que le permitía seguir viviendo con su poder. Sin embargo, como era difícil para el pasajero controlar con exactitud el momento en el que aparecería, decidieron crear un sistema de comunicación entre ellos, que, si se son sinceros, ha sido la causa de algunos de sus instantes favoritos.



El inmortal, se encarga de crear algo tan ridículo y personal que solo el viajero en el tiempo y él serían capaces de entender. Y en esa misma creación, escrito en un idioma tan antiguo que solo ellos dos son capaces de comprenderlo, escribe las coordenadas del sitio en el que está viviendo. Para su tercer reencuentro, el inmortal creó una estatua de marfil ridículamente grande del viajero (cuando uno tiene todo el tiempo del mundo, acaba adaptando ciertas aficiones) que se encontraba en una ciudad ya perdida ante el paso del tiempo. Esta obra de arte era idéntica a su amigo, a excepción de sus orejas, las cuales eran exageradamente grandes. El inmortal decidió hacerlas así después de que su amigo el viajero le bromease diciéndole que tenía unas orejas minúsculas. Fue así cómo el viajero se encontró subiendo las mil escaleras que daban a las orejas de su estatua, dónde estaba inscrito el lugar en el que el inmortal se había estado hospedando las últimas tres décadas. Casi un milenio después, el inmortal creó su propio reino, el cual se formó a partir de una secta que empezó utilizando su inhabilidad para morir. Sus seguidores le conocían como El Muerto, y aunque no le hacía especial gracia que la gente supiese su situación, esto le sirvió para vivir un par de cientos de años como un rey. Este reino se encontraba en el corazón del desierto ¿de qué desierto os preguntaréis? El inmortal no lo recuerda muy bien, si se es sincero. El caso es que su ciudad estaba fortificada, pero no por murallas... sino por una sucesión de 30.000 patos de 5 metros de altura.

Cuando el viajero en el tiempo llegó a esta época, apenas unos minutos después de haber regresado de visitar una cúpula pintada de momentos entre el inmortal y él a lo largo de los siglos donde el inmortal había estado viviendo, no pudo más que reírse ante la ridiculez de su amigo. Aunque para el viajero apenas habían pasado unas semanas desde que se cayó a un río repleto de patos cerca de la mencionada cúpula, habían pasado unos 246 años para el inmortal, y en ese tiempo se había construido su ciudad rodeada de patos de piedra. El viajero supo exactamente cómo localizar a su amigo. Al viajero le encantaba resolver las pequeñas adivinanzas que le dejaba su amigo para descubrir dónde se encontraba, le gustaba también aparecer y encontrar a su amigo en una situación completamente distinta: a veces era un rey, otras un mendigo, otras un noble y otras un posadero. Era un gran juego entre ellos dos, un juego del que no se cansaban y para el que tenían toda la eternidad.



Sin embargo, todo esto llegó a su inevitable final.

El inmortal y el viajero en el tiempo tuvieron una gran discusión, una disputa que supuso lo que el viajero pensó que era una ruptura definitiva en su amistad. Y es que, una noche en la costa de indonesia, en el año 1826, el entonces muy ebrio viajero cometió un error.

Desde que tuvo conciencia de sus cualidades, el inmortal tenía miedo de formar relaciones estrechas con las personas, personas a las que, aunque vivirían solo un extracto muy pequeño de su vida, luego tendrá que llorar por su muerte el resto de la eternidad, sabiendo que nunca podrá regresar a su lado, incluso si existe una vida después de esta, porque la realidad es que el inmortal nunca les podrá seguir. Sin embargo, en aquella pequeña isla de Komodo, decidió amar a aquella mujer que le había recordado la importancia del amor, y cómo es este amor lo que nos hace humanos. El inmortal la quiso tanto, que decidió que incluso su inevitable futura pérdida merecía la pena por poder vivir aquella vida.

El inmortal tenía planeado contarle a aquella mujer su situación, esperando que incluso si esta no fuese capaz de envejecer y morir junto a él, que aun así escogiese amarle y vivir sus días en compañía. Sin embargo, su amigo, de visita en aquella isla, bajo las influencias del alcohol, cometió el error de asumir que aquella mujer ya sabía acerca del inmortal, y no fue hasta después de contarle historias esparcidas a lo largo de los miles de años de su amigo, que se dio cuenta horrorizado de que aquella mujer no sabía nada de aquello. La mujer, que nunca había sido presentada ante tal concepto, asumió que se trataba de un mal, de algo que solo las mismísimas fuerzas de las desgracias habían manifestado en la forma de un demonio, su amado, el inmortal. La mujer huyó de aquella vida, aquella vida que el inmortal ansiaba y quería, de aquella vida que podrían haber vivido si solo su amigo el pasajero hubiese hablado con el inmortal antes de contarle a la mujer.

El inmortal, furioso, le dijo que no volviese a buscarle jamás, sin importar el lugar al que viajara, sin importar a que época fuese, sin importar cuántos siglos hubieran pasado. Le gritó, frenético, que su amistad había acabado allí, en aquella pequeña isla, dónde el viajero había creado una grieta en el



corazón del inmortal, más profunda que cualquier cráter terrestre.

Y así, el inmortal se fue de aquel lugar, y el viajero de aquel tiempo.

Porque el inmortal tenía todo el tiempo del mundo para huir, y el viajero podía trasladarse a cualquier momento, ¿Pero a dónde viajaría si su amigo le había prometido jamás volver a hablarle? ¿Cómo puede viajar a un infinito donde el tiempo ya no exista y el viajero tenga todos los momentos para pedir perdón a su amigo, a su compañero, a su otra mitad en un fallo del universo? ¿Cómo arreglar, cómo recuperar, cómo esperar el perdón de alguien que tiene toda la eternidad para guardar su enfado?

El viajero en el tiempo, profundamente dolido, sintiéndose solo, pero aceptando el espacio requerido por su amigo, viajó casi 200 años al futuro, uno de sus saltos temporales más grandes y se adentró en el nuevo mundo.

Francamente, no era para nada como lo esperaba. Generalmente, los cambios eran más graduales, pero desde finales de 1700 habían empezado a cambiar las sociedades de manera más radical, por eso su amigo había optado por vivir en pequeñas islas. Era más sencillo que ponerse al día con las constantes alteraciones. Pero incluso con la aceleración de las transformaciones sociales, nunca había visto unos cambios tan exponenciales: este nuevo mundo era completamente nuevo a los ojos del viajero. Ya casi no se encontraban casas pequeñas en las ciudades, y viajar era algo realmente fácil, con artefactos con alas que te trasladan de un lado a otro con velocidades impresionantes, lo que le convence al viajero de que los humanos por fin han logrado utilizar magia oscura, porque no hay otra explicación. No solo eso, existen libros mágicos que, si tocas unas letras con la intención de poner aquello que deseas saber, te pueden contestar ellos solos, ha oído a alguien llamarlos...¿móviles? ¿Como moverse? ¿Como un libro que se mueve? No los ha visto moverse por sí solos, pero tampoco lleva mucho tiempo en este nuevo siglo. Se puede decir que el viajero está un tanto confuso, pero no tarda nada en tomar prestado (robar) uno de estos libros mágicos y po-



nerse al día con las cosas en su buena capacidad. La verdad que los nuevos idiomas le son un poco complicados porque constantemente cambian, y buscar algo en el libro mágico entre su inhabilidad para las lenguas modernas y su ignorancia de la magia de aquellos artefactos es todo un desafío. Sin embargo, no fue hasta rendirse y buscar algo en su idioma materno, aquel que hablaba hace miles de años, que el libro mágico le llevó a un pasaje realmente útil : 'lugares para visitar como un viajero en el tiempo'. El viajero saltó de alegría al ver esto ¿acaso hay ahora comunidades de viajeros en el tiempo? Porque aquello sería muy útil para él. El viajero entró en aquel pasaje al que le había llevado el libro mágico, y al entrar, se le mostró una lista de lugares para visitar. Con curiosidad, leyó el primero:

1.- El gran cañón

Es imprescindible visitar este gran cañón, formación natural similar a una gran grieta, un profundo cráter. Porque incluso las imperfecciones naturales son bellas y aunque la naturaleza no es perfecta, sabe crear un balance perfecto. Porque, aunque creaste un cráter en mi corazón, el universo creó un cráter en la tierra tras hacerme sentir tu ausencia.

El viajero en el tiempo se quedó congelado leyendo aquello, y tuvo que releerlo dos, tres y cuatro veces más hasta poder entender lo que veía. Aquello... aquello tenía que ser obra de su amigo, del inmortal, no podía ser otra. ¿Significaba eso que el inmortal le había perdonado? ¿acaso podrían volver a ser lo que eran antes, a significar el uno para el otro lo que habían sido durante miles de años? ¿Podría el viajero volver a existir junto a aquella persona que le ha dado el gran regalo de poder vivir a lo largo de los tiempos en compañía?

No se lo pensó dos veces antes de viajar al Gran Cañón, dónde encontró incrustadas las coordenadas del bar al sur de Italia, que por supuesto estaba en la otra punta del mundo porque su amigo no le iba a poner fácil el disculparse. Pero el viajero tenía tanta esperanza en el cuerpo, una sensación de posibilidad que le invadía y le llenaba, que le movía el cuerpo más de lo que su sangre jamás fue capaz de hacer, que no le importó tener que volver a subirse en aquellos artefactos con alas otra vez.





Y así, el viajero en el tiempo se encontró entrando en aquel dichoso bar, acercándose para sentarse junto al hombre que se encontraba de espaldas, al hombre al que una vez llamó su amigo.

El inmortal se gira para confrontar a su amigo. Porque la realidad es que sí, su amigo había cometido un error, un error que le había costado al inmortal una posible vida en la que habría sido feliz, quizás la vida que más feliz le hubiese hecho dentro de su eterna vida. Pero si algo tiene el inmortal es tiempo, y en ese tiempo, estuvo de luto, honrando una vida que ha perdido, pero sobre todo un amigo al que no ha visto en casi 200 años. Porque el universo les ha creado como dos planetas en un mismo sistema, que orbitan a la gran estrella llamada tiempo, burlándose de esta, queriéndose sin importar cómo esta se crea la jefa del sistema, la jefa de la vida, del principio y del final de todo. Porque el universo les ha creado como iguales, como un balance perfectamente antinatural, aunque, no les ha hecho necesariamente perfectos a ellos, porque incluso en toda su singularidad, ambos siguen siendo profundamente humanos. Capaces de ser la causa y final de la vida del otro, de la motivación y de la voluntad de seguir con una vida que les habría destruido si no hubiesen encontrado a la antiimagen del uno en el otro. Capaces también de cometer errores, pero capaces de perdonar y de quererse aceptando las imperfecciones de un perfecto balance.

Y con esto el inmortal le pregunta:

–¿Oye, te sabes el chiste del viajero en el tiempo?

–¿No, qué dice?

–Tendrás que aprender a viajar al pasado para escuchar el final, querido amigo...

